



# ¿QUÉ ES EL GIRO AFECTIVO?

**AUTORA**  
**Magalí Haber**

**Cómo citar este artículo:** Haber, M. (2020).  
¿Qué es el giro afectivo?. *Revista Diferencia(s)*, N. 10, pp. 13-16.

## **Artículo**

Recibido: 20 de mayo de 2020  
Aprobado: 15 de junio de 2020

■ Qué es el giro afectivo? ¿Cómo pensar la llegada e influencias del giro afectivo en Argentina? ¿O América Latina? Pretender responder a estas preguntas exhaustivamente sería soberbio y peligroso, también entregarse a un método que naufraga en el vínculo entre tecnología y pretensión de exhaustividad. A veces, en la academia, para poder respirar y recuperar algo del sentido que alguna vez nos atrajo a los libros, la escritura y el pensamiento, es necesario rodearse de otros objetos, atender a otras dimensiones que aquellas que nos ofrece la tradición en que nos formamos. Cuando con éxito logramos habitar de modo diferente algunas de las prácticas y ortopedias que llevamos auestas, recorrer más lento y ensayar diferentes intensidades, el mundo da un giro. Entre 2015 y 2017 eso pasó con el mío.

En 2015 una amenaza de bomba interrumpió el Seminario Políticas de la Memoria. Unos días más tarde, retiraba el certificado correspondiente por la casa de una desconocida. Apenas conocía a la otra coordinadora, pero su invitación por alguna extraña razón ya la había vivido como importante. Me bajó el certificado, rescató algo del borrador caótico que les había enviado y fuimos derivando de una cosa a otra; como hasta el día de hoy, cada una de sus frases era precisa y exactamente lo que necesitaba. Me fui, entonces, con el certificado y una invitación a volver días más tarde al mismo domicilio a hablar del “giro afectivo”, no tenía idea de qué era pero sonaba muy bien. Leer se convirtió de pronto en esperar a algún miércoles, con alegre ansiedad anticipatoria, qué dirá la una o la otra, cada cual desde su tema y su (in) disciplina. Leer ya era de mis actividades favoritas, jamás hubiese imaginado que podía ponerse todavía mejor, ni que existiese la posibilidad de que los textos se poblases de vivxs. Los congresos pasaron de ser un proceso que terminaba de fijarme a mis palabras y consumaba el calvario que es escribir, a la posibilidad de ver qué articulaciones inéditas se daban en una mesa común. Seguir de cerca la trayectoria de otrxs también fue algo que no asociaba al regocijo cuando empecé con todo esto. Para las mujeres, dedicarse al pensamiento sigue siendo, aun hoy, simultáneamente una transgresión y un acto de defensa, por eso tal vez la sensación de estar habitando un espacio algo ajeno. No sé si hace falta apelar a las estadísticas, pero, para quien las necesite, son contundentes, tanto respecto a los cargos que ocupamos en las universidades como en los organismos de Ciencia y Técnica. Mucho hay escrito sobre el vínculo entre la filosofía y la amistad, pero nada sobre qué sucede cuando se da entre amigas. De intimidación y apoyo mutuo llevamos siglos, pero cuando a eso se le suma el pensamiento, la admiración y la lógica colaborativa, se vuelve algo muy potente. Varias veces, cuando tuve que explicar qué entiendo por feminismo, me salió hablar de este grupo.

El mundo académico desinviste de diversas formas a su práctica, no sólo a partir de las premisas positivistas, de

neutralidad, objetividad y distancia temporal y afectiva del falocentrismo, a la que el feminismo responde con la noción de conocimiento situado, sino también en sus mecanismos de evaluación y valoración del trabajo científico. Tales premisas no casualmente remiten a los cuerpos y sus relaciones: la nula valoración, en términos académicos, de toda escritura que no responda a más de unx autorx; referatos “ciegos” para garantizar la “calidad del trabajo”, una especie de continuación del “ideal de imparcialidad” que caracteriza a una razón que expulsa de su esfera, para constituirse, a la dimensión afectiva (esfera privada). Una justicia ciega y cobarde, ya que no se responsabiliza de su lugar de enunciación; la recomendación de evitar a toda costa “producciones endogámicas”, es decir, colaborativas. Sin embargo, ¿habrá algo más efectivo para romper la endogamia que ensayar modos alternativos de estar y hacer juntxs? ¿Es posible el conocimiento sin resonancias afectivas o afinidades electivas? Mucho se predica contra el riesgo de leer demasiados autorxs extranjerxs, pero poco se piensa en el tipo de prácticas concretas y efectivas en que se urde el conocimiento. Insisto, debemos atender mejor el aullido lejano, y probablemente algo misógino, de los griegos que sitúa tan cerca a la filosofía de la amistad, al punto de que resulta imposible decidir si la amistad empieza con la filosofía o la filosofía con la amistad.

Hay lecturas que inevitablemente tienen el poder de catalizar nuevas formas de hacer o, a veces, simplemente transitar de manera distinta viejas formas. Pienso también en los vínculos entre el último período de Michel Foucault, sus inquietudes por la ética a partir de una estética de la existencia y el cuidado de sí; el lema feminista “lo privado es político” —que desde que fue enunciado no deja de decirnos nuevas cosas; y el giro afectivo. En el modo en que estas 3 fuerzas nos auxilian a la hora de pensar en cómo los conceptos o el pensamiento y el mundo de la vida se dan la mano.

Si hubiese que hacer una genealogía del giro afectivo, definitivamente comienza con Thomas Hobbes y Baruch Spinoza y, en tal sentido, la noción de afecto es inseparable de la pregunta por la política, por los vínculos que se establecen entre la ley, la dimensión corporal, sensible/estética de la existencia y la acción —las formas en que practicamos el ejercicios de libertad. Un segundo momento se puede localizar con la crítica del feminismo a las condiciones de posibilidad de la formación de la razón moderna y su sistema jurídico regido por el ideal de la imparcialidad. Éste último se sostiene en las escisiones público-privado y razón-pasión/afectos, y en la expulsión y reducción a la esfera privada de los segundos términos de los pares. Los afectos fueron pensados como propios del ámbito de lo femenino, es por lo tanto, mediante su expulsión a la esfera privada como se fundó la razón moderna falocéntrica.

Otro modo más directo de caracterizar al giro afectivo es situarlo en los 90, como respuesta —¿o, tal vez, refinamiento, parafraseando a Nietzsche cuando caracterizaba

al conocimiento como un refinamiento de los sentidos?— del posestructuralismo, una tradición a la que deglute y devuelve transformada, o con la que sostiene una relación de “regurgitación”<sup>1</sup>. Es su excesivo énfasis en el lenguaje, o en la reducción del sentido a la dimensión lingüística, lo que le revuelve las tripas; pero, al mismo tiempo, reconoce que no podría pensarse si no es como continuación de lo que supone estar abiertx al acontecimiento, tanto en términos existenciales como metodológicos. Se trata de la introducción de los cuerpos en la historia y de la historia “arruinando” a los cuerpos, en términos foucaulteanos. La reintroducción de la materia desde una concepción no positivista, pero que se atreve a coquetear fuerte con la biología, gran cuco de unas Ciencias Sociales estructuralistas que, como suele suceder, se convirtieron en aquello que repudian y proyectan en su falso enemigo: dureza, determinismo y rigidez. Con una visión ingenieril de la vida, que también merece crítica, las Ciencias Naturales parecen actualmente más capaces de pensar la materia en su apertura a la reconfiguración permanente o, para decirlo con Gilles Deleuze, a su devenir. Esta disputa del concepto de vida y materia no esencialista desde el cruce afectos-feminismo es, tal vez, una de las dimensiones menos atendidas del mentado giro en el universo de habla hispana.

También se podría teorizar que la atención del giro afectivo a la dimensión material de los cuerpos y a los procesos de co-corporización lo sitúan como una continuación de la crítica al humanismo, que permite resituar a las emociones o afectos como constelaciones de fuerzas dinámicas, físico-psíquico-colectivas, no meramente humanas y, mucho menos, individuales. Probablemente, este sea un punto de indiscernibilidad en la afirmación de una ontología relacional entre el giro afectivo, los “nuevos materialismos” y los estudios de ciencia y tecnología feministas.

La promesa con que se presenta el giro afectivo es la de salvarnos de las escisiones mente/cuerpo, pasividad/actividad, interior/exterior, público/privado. En las propuestas que siguen la línea de Brian Massumi, los afectos se sitúan del lado de los cuerpos, en su dimensión biológica, visceral e inconsciente, en tanto escapan a toda posible captura de los códigos culturales; mientras que las emociones remitirían a expresiones culturales, convenciones sociales o “estructuras de sentimiento” históricamente situadas. Tal como señala Cecilia Macón en su ya clásico “Sentimos ergo sumus”, “si el origen de la acción política debe encontrarse en ese espacio inaprehensible y de fluidez extrema, poco es lo que se puede hacer para desplegarla y, menos aún, para juzgar el impulso conservador en que pueden derivar ciertos afectos en deter-

minados casos”. Situar a los afectos como espontáneos e inherentemente emancipatorios constituye un problema serio a la hora de pensar la agencia y la eficacia específica de determinados afectos en situaciones y casos concretos. Además, se vuelven a restablecer algunas de las dicotomías que se pretendía sortear.

Otro posible recorrido es a través de la teoría queer y sus vertientes epistemológicas. Esta perspectiva es, tal vez, menos posthumana, se interesa más por los vínculos entre afectos y política y su capacidad de agencia. Continuando con la crítica de Macón, parte de una crítica a la moralización del mundo afectivo, es decir, a la categorización de los afectos o emociones en la dicotomía bueno-malo, emancipador-conservador. El orgullo no necesariamente es más productivo políticamente que el miedo o la vergüenza. O, por ejemplo, Ahmed en *La promesa de la felicidad* se ocupará de dar cuenta del vínculo entre felicidad y normatividad, o entre racismo, vergüenza, asco y abyección. En la obra de Berlant y de Jonathan Flatley es posible rastrear la noción de apego para pensar el vínculo que se establece entre capacidad de acción/política y depresión. Los afectos son aquello que nos vincula y abre al mundo potenciando nuestra capacidad de obrar. Con una clara impronta spinozista, no se trata del de apego a cosas, situaciones o emociones, buenas o malas, sino la disminución o intensificación de lazos afectivos con el mundo que permitan construir nuevos modos de existencia. Aquí, para Flatley se separan depresión y melancolía, siendo la segunda un afecto habilitante y la primera una despo-tenciación de la vida que poco tiene que ver con dramas meramente individuales. También Cvetkovich y Wilson se ocuparon de la depresión. Abordar el vínculo depresión-melancolía-política desde una perspectiva antipositivista, pero con la biología en mientes, en términos políticos, colectivos y no meramente individuales, es uno de los grandes desafíos del giro afectivo, inquietud que además dio lugar a una práctica estético-académico-política: el *feel tank*. Otro tanto, probablemente, cabría hacer con la ansiedad.

Una de las vías, menos directas, por las cuales el giro afectivo fue haciéndose un lugar en los estudios locales ha sido en el campo de la memoria y el pasado reciente. Tal vez porque la memoria plantea interrogantes que sólo se pueden bordear desde el pliegue entre lo individual y lo psíquico colectivo. Por otro lado, la tradición argentina de Derechos Humanos, siempre tuvo una fuerte impronta performática en la escenificación colectiva del duelo. Los afectos se vuelven un modo de abordaje posible a interrogantes respecto a la dimensión sensible de la política, los modos de transmisión, así como para la elaboración de una serie de críticas a la filosofía de la historia, a partir del tándem anacronismo-archivo-afectos.

Por último, siguiendo a Kathleen Stuart y a Lauren Berlant, el giro afectivo constituye también una reflexión en torno a los modos de escritura, que podría acercarlo al ensayismo y, en tal sentido, constituirse en impulso para experimentar

---

<sup>1</sup> Pienso en regurgitación como un rumiar que involucra el pliegue cuerpo mente, donde asco-placer y normal-patológico se tornan indiscernibles, inspirada en los planteos de Elizabeth Wilson en *Gut Feminism*.

formas menos estandarizadas de conocimiento. El presente número ofrece una serie de artículos que recorren diferentes variaciones dentro del campo de estudios presentado. Es posible captar resonancias en torno a ejes problemáticos, pero, en éstos, cada autorx marca su impronta o, más bien, encuentra su propio tono en pleno conflicto de facultades.

